

Arturo Anguiano

El ocaso interminable

Política y sociedad en el México de los cambios rotos

BIBLIOTECA  ERA

ÍNDICE

Introducción	11
I. Transfiguraciones del Estado y la dominación	19
1. Una larga transición inacabada	19
2. El presidencialismo avasallador	29
3. La dominación corporativa	37
4. Un singular <i>régimen de Estado-partido</i>	48
5. Legitimidad y violencia	59
II. El Estado y el viraje neoliberal	81
1. Una fortaleza resquebrajada	81
2. Entre el Norte y el Sur	97
3. Del despotismo del Estado al despotismo del capital	115
4. La huida hacia el neoliberalismo	119
5. La ofensiva contra el trabajo	132
6. Nueva alianza Estado-capital	147
III. La reforma neoliberal del Estado	161
1. El Estado subvertido por la mundialización	161
2. Intervencionismo estatal: del cenit al nadir	181
3. Hacia la redefinición del papel del Estado en la economía	196
4. Cambio de las relaciones Estado-sociedad	205
IV. Recomposiciones políticas sin cambios de fondo	217
1. Erosión de la dominación y descomposición política	217
2. Reforma política de nunca acabar	248

3. La crisis temprana de los partidos	273
4. La clase política ampliada	297
V. La alternancia rota	307
1. La ilusoria revuelta ciudadana	307
2. Cambio o restauración del régimen	317
3. Degradación de la política estatal	345
4. Ilusiones perdidas en vivo y en directo	360
5. Esperanzas extraviadas, resistencias reales	383
6. La crisis estatal que no cesa	394
Bibliografía	403

INTRODUCCIÓN

El tercer milenio se inició en México con un sismo político que estremeció a la nación: la derrota de la transfigurada y decadente “Revolución hecha gobierno”, luego de más de setenta años de dominio incuestionable. El singular régimen autoritario representado por el presidente de una República imaginaria y una suerte de Estado-partido, cuyo símbolo era el Partido Revolucionario Institucional, fueron repudiados por una poderosa revuelta ciudadana a través de la insólita vía de las elecciones democráticas. Se pensó entonces que la larga transición histórica anunciada por la crisis de 1968 y que precipitó al Estado y al régimen político por la erosión, la incompetencia, el desorden y la descomposición, llegaba a su feliz término en el año 2000 con la alternancia política, que al parecer traía consigo un nuevo orden al fin democrático, plenamente legitimado. Pero más que resolver la crisis estatal, la caída del PRI-Gobierno ha prolongado más bien el ocaso de un arraigado régimen autoritario que se rehúsa a desaparecer.

Los vientos tempestuosos propulsados por las transformaciones del capitalismo planetario y del sistema de Estados-nación no han dejado de atravesar a México, arrastrándolo y enganándolo en procesos globales que precisamente se combinaron en nuestro territorio para modificar las relaciones, formas y condiciones que habían logrado construir el Estado emergido de la Revolución mexicana de 1910-1917 y la propia sociedad, madurada al calor de las mutaciones incesantes. Bajo el acicate de las necesidades de reorganización de la economía capitalista en la era de la mundialización, el Estado se transfiguró en los años ochenta a través de la reforma neoliberal, pero el régimen político —clave para la permanencia del orden económico-social— no ha logrado desembocar en una solución

de continuidad que recree las condiciones de la dominación y legitimación todavía en crisis de fondo.

Como en muy pocos lugares, el Estado adquirió en México una centralidad prácticamente en todos los terrenos: la economía, la organización institucional, la recomposición de la sociedad. Lo económico como lo político, lo cultural incluso, fueron largo tiempo dominios determinados o condicionados por el papel arrollador y al parecer insustituible del Estado. La vida toda de la nación fue marcada por el surgimiento y las transfiguraciones del por mucho tiempo llamado Estado de la Revolución. El Estado mexicano, en efecto, como Estado-nación, en un país devastado por el torbellino revolucionario de principios del siglo XX y sujeto a todas las expoliaciones neocoloniales propias de los países del Sur, construyó en pocos años un recinto fortificado dentro del cual desplegó su influencia, su labor constructiva e incluso civilizadora. Instauró condiciones productivas e institucionales, impuso reglas y estimuló relaciones que si bien distorsionaron en forma duradera la vida de la nación, contribuyeron a cambiarla decisivamente. Los otros actores económicos, sociales y políticos –de grado o por fuerza– se desarrollaron en esas circunstancias que delinearon un régimen político cerrado, si bien las propias transformaciones generadas acabaron madurando en forma que pudieron cuestionar, rebasar y luego enfrentar el dominio del Estado a partir de finales de los sesenta. Fue el inicio del fin del Estado y del régimen político de la Revolución.

La fortaleza amurallada que erigió el Estado, las barreras multiformes con las que reforzó las fronteras de la nación, no impidieron que México fuera atravesado por los grandes flujos e intercambios del mercado mundial. Tampoco evitó que la economía de invernadero que pretendió desarrollar quedara sujeta a una cambiante división internacional del trabajo que la determinó sin remedio y que acabó por moldearla. De hecho, México siempre ha estado sometido a los cambios de la economía capitalista estructurada a nivel mundial y al sistema de Estados-nación, esto es, del sistema mundo.

Estado y economía fueron sacudidos por las ondas de choque de una profundización de la internacionalización del capital que en los años ochenta asumió la forma mundialización, la cual, en pocos años, los constriñó a ponerse a tono con el gran viraje neoliberal que recorría al planeta a fin de recomponer las condiciones de rentabilidad del capital, desquiciadas por la crisis económica mundial luego del agotamiento del auge de la posguerra. De la noche a la mañana, la economía mexicana vio desmoronarse sus cercas, sus barreras de protección. Se abrió entonces como nunca, soportando procesos intensos de reestructuración productiva impulsados por el Estado conforme a las reconfiguraciones de la división internacional del trabajo, que contribuyeron a reorganizar y fortalecer a las clases dominantes, en especial a la oligarquía financiera mundializada. Se crearon de esta forma condiciones para orientar la economía nacional hacia el mercado mundial –esto es hacia la exportación dirigida a los países del Norte– a fin de resguardarla así de la exclusión y el abandono a los que fueron condenados la mayoría de los países del Sur en la nueva era del capitalismo. En lo político, el Estado quedó a la intemperie, con un régimen político rebasado por la sociedad, que ya no fue capaz de reproducir el consenso social y la legitimidad requeridos, precipitado entonces por la cuesta de la inestabilidad y la incertidumbre.

En el comienzo del siglo XXI, México ya no es lo que era en la época de la consolidación del llamado proyecto de la Revolución mexicana, que llegó a provocar la envidia de ciertos países latinoamericanos por la prolongada estabilidad de tres décadas y por el llamado milagro económico, cuya cúspide se alcanzó en los sesenta. El país cambió (y sigue transformándose) bajo la acción combinada de crisis, reestructuraciones, mutaciones y recomposiciones que lo articularon decisivamente a la economía mundial, sobre todo a través de su integración a la economía de Estados Unidos, su poderoso vecino. Pero también fue sacudido por los intensos e incontenibles flujos inmateriales de la información, la cultura, los gustos, los acontecimientos y los

quiebres históricos característicos también de la era de la mundialización.

Las libertades, los derechos humanos, la organización y el funcionamiento democrático del poder y la sociedad que en numerosos países motivaron el derrumbe de regímenes dictatoriales, en México al menos se volvieron exigencias vitales –muchas veces multitudinarias e incontrolables– de los mexicanos, largamente ajenos a ellas, aprisionados y opacados como estábamos por un poderoso régimen político cerrado y una economía en extremo excluyente. En especial, los sismos de 1985 y el terremoto de la rebelión indígena en el sureño estado de Chiapas en 1994, justo en el momento de la entrada en vigencia del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, que pretendidamente marcaría el ingreso de México al primer mundo, revelaron los cambios decisivos que se gestaban en el ánimo de la sociedad (con acumulación de fuerzas, experiencias de resistencia y el desasosiego convertido en revuelta), el atraso dispar, las enormes desigualdades, la injusticia, el abuso del poder y la ausencia de democracia que seguían prevaleciendo en este país.

La rebelión del Ejército Zapatista de Liberación Nacional y los indios de Chiapas reveló también la nueva condición de un México abierto de par en par al mundo, interconectado, vinculado de mil maneras con todos los rincones de la Tierra, capaz de influir y ser influido por un entorno mundial que se estrecha, que ya no reconoce interior y exterior ni tolera cotos cerrados donde la impunidad y la injusticia sean resguardadas por fronteras infranqueables. Esto fue confirmado por el seguimiento realizado por comisiones internacionales y por la prensa internacional sobre eventos como los mencionados sismos de 1985, la masacre de Acteal, los feminicidios de Ciudad Juárez y la trampa represiva en San Salvador Atenco, pero igualmente de procesos como la crisis del desafuero de López Obrador, las elecciones presidenciales bajo lupa (transparentes o cuestionadas) y la revuelta del pueblo de Oaxaca contra el arcaísmo autoritario. La sociedad global parece que se abre camino, al